

Los grabados rupestres del Picu Berrubia

Por MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA

A don José Manuel González.

Los grabados del Picu Berrubia fueron identificados por don José Manuel González y don Jesús Manuel García el 1 de noviembre de 1970 en una visita de reconocimiento a dicha zona, haciéndose eco de algunos informes imprecisos y de la existencia de tradiciones folklóricas alusivas a las figuraciones que existían en las rocas. Posteriormente, el 18 de abril, junto con don Manuel Mallo Viesca, acompañamos a los autores del descubrimiento, procediendo entonces al reconocimiento detenido de la estación, al levantamiento de calcos y a la toma de las primeras notas para su estudio, datos que se completarían en visitas posteriores.

Hasta ahora es ésta la primera estación de insculturas al aire libre registrada en Asturias,¹ aparte del conocido monu-

mento rupestre de Peña Tú, y uno de los contadísimos lugares en que pueden señalarse tales tipos de representaciones en el borde septentrional de la Península, fuera de la región gallega. Esta circunstancia, y las que se deducen en el orden cultural, geográfico, etc., del estudio directo de los temas representados, señalan sin necesidad de mayor insistencia el interés que representa el hallazgo.

Este trabajo va dedicado a todos los que de una manera u otra nos hayan ayudado, en especial a los ya citados, y fundamentalmente al profesor de la universidad ovetense, doctor don José Manuel González, verdadero promotor del descubrimiento, que no sólo nos ha cedido generosamente la estación para su estudio, sino que también ha dirigido y revisado nuestra labor.

SITUACIÓN

El Picu Berrubia constituye el espolón noroeste de un cordal que corre de noroeste a sureste, cuyas cotas máximas os-

cilan entre los 614 y los 636 m. sobre el nivel del mar; cordal que discurre perpendicularmente a la línea de cumbres

1. Los grabados de la Llosa del Llendón, en Villamayor, conocidos desde hace años, presentan una serie de características que difieren notablemente de los petroglifos conocidos. Existen, además, dibujos de temas modernos e inscripciones que prueban la poca antigüedad de la estación, que de ninguna manera podemos considerar prehistórica. Ésta fue publicada por F. FERNÁNDEZ MONTES, *Los grabados de la Llosa de «El Llendon», Villamayor, Asturias*, en *Archivo Español de Arqueología*, XVIII, 1945, págs. 320-328.

en la que se levanta la Peña Saloe. Se sitúa en la zona central de Asturias, no muy lejos de la capital de la provincia, que es perfectamente visible desde dicho lugar. Está próximo a la aldea de Les Co-

neda y el Padrún, una pequeña carretera local que sale a mano izquierda, al final del pueblo de Olloniego, unos metros antes del paso a nivel de la Renfe. La desviación a que nos referimos asciende con

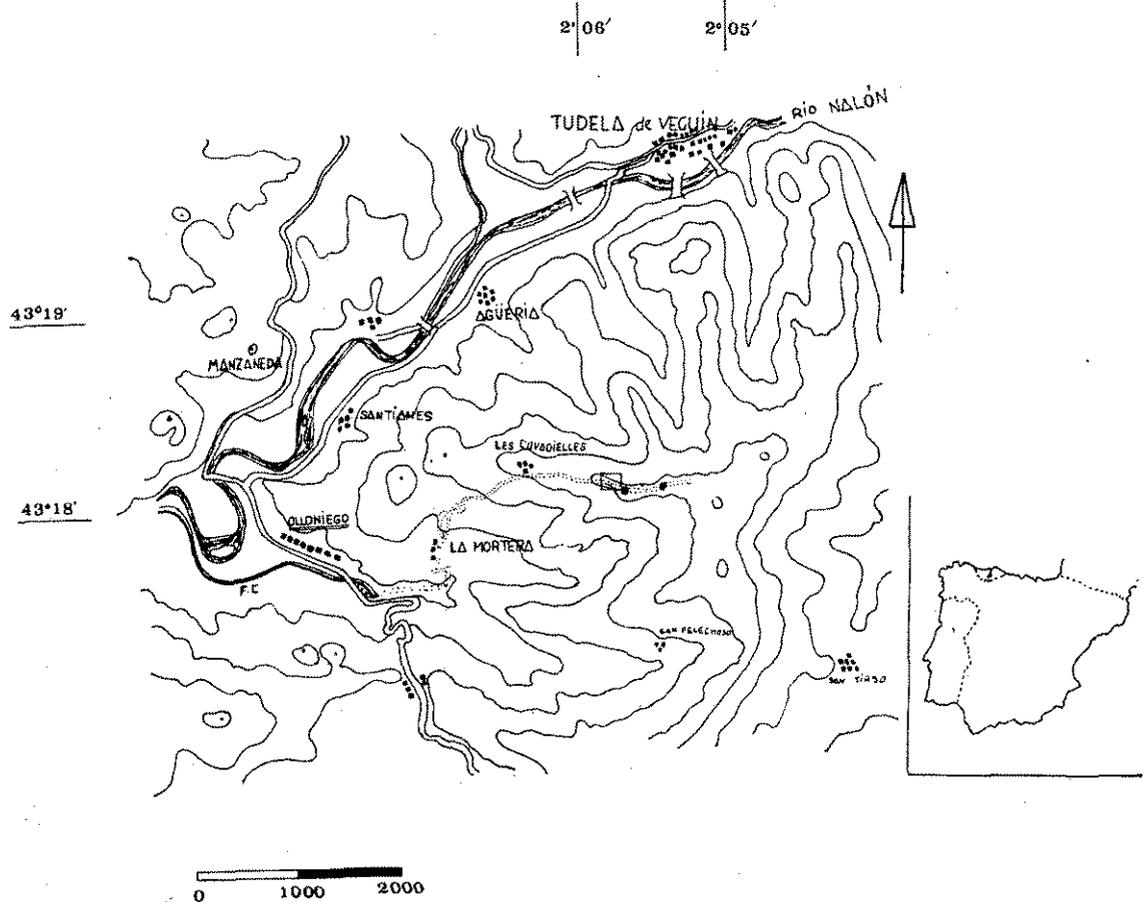


Fig. 1. — Mapa de la zona.

La estación rupestre está indicada con un rectángulo. (Las curvas de nivel están tomadas cada 100 m.).

vadielles, en el término parroquial de Olloniego, en el antiguo concejo de Tudela, hoy territorio del ayuntamiento de Oviedo. Las coordenadas de la zona están expresadas en el mapa que incluimos (figura 1).

La aproximación al Picu Berrubia puede efectuarse, del modo más cómodo, tomando en el kilómetro 435 de la antigua carretera de Oviedo a Mieres por la Manza-

pendiente acusada, y pasando por el lugar de la Mortera finaliza en Les Covadielles. A partir de aquí y caminando por una «caleya» ancha, limitada por muros de mampostería en arenisca, se accede a un pequeño collado en el cual se inicia la breve ascensión al Picu, que se levanta pocos metros más arriba. Este collado y la calleja a la que nos hemos referido son zonas limpias en las que todavía se cul-

tiva la pradería, persistiendo los muros de aparejo informe de división de fincas y en cuya construcción se utilizarían probablemente los materiales extraídos del peñasal cercano. A partir de este lugar, la regresión ganadera y la desaparición de las rozas periódicas han permitido que un espeso monte bajo cubra los tramos superiores de la cordillera y las áreas de antiguos pastos, hoy casi intransitables, siendo cada vez más difícil la exploración arqueológica.

En algunos bloques de arenisca embutidos en los muros indicados pudimos observar la presencia de grabados, generalmente en herradura, junto con algún cruciforme y figuraciones de aspecto reticular, aunque en número limitado. Es probable que procedan del Picu Berrubia o de algún paraje próximo en el que existiesen rocas grabadas. Aquí damos sólo constancia de la existencia de estos grabados que serán objeto de análisis más detenido en un próximo artículo.

El cordal en el que aflora el peñasal conocido como Picu Berrubia es el resultado de una activa erosión diferencial que actuó sobre materiales paleozoicos; areniscas y pizarras y las pudingas west-

falienses, cuya aparición es debida a los movimientos, bien continuos, bien rítmicos, del fondo sedimentario de la cuenca central asturiana. La aparición de conglomerados y discordancias internas dentro de la sucesión sedimentaria son prueba de este movimiento. Los mantos conglomerados constituyen en muchos puntos las zonas residuales o los testigos que resistieron a la denudación sincrónica con estos movimientos y a la que se produjo hasta los tiempos actuales. Los bloques de arenisca al descubierto, alternando con pudinga, han prestado superficies alisadas propicias para el grabado. Las decoradas, como veremos más adelante, se suceden desde el inicio del Picu Berrubia en su frente oeste-noroeste, cerca de su cumbre, con una altitud de 614 metros, en un tramo de unos 220 metros avanzando en sentido noroeste-sureste y en suave descenso hacia un ligero collado del que arranca una nueva elevación de 629 metros.

Las zonas elegidas para estas insculpturas siempre se establecen en torno a la arista del cordal, sin que hayamos podido constatar la existencia de grabados en las rocas que afloran en las laderas.

ASPECTOS FOLKLÓRICOS

Como en gran parte de las estaciones arqueológicas que fueron conocidas por los lugareños en momentos imprecisables, han surgido en Berrubia leyendas cuya transmisión oral tendría como único fin la explicación más o menos racional de aquellas extrañas plasmaciones gráficas, que podían verse sobre las rocas de la montaña.

A pesar de la rápida disolución de las formas tradicionales con el consiguiente olvido, por parte de las nuevas genera-

ciones, de todo lo que de tradicional y arcaico se conservaba en la zona, hemos podido anotar algunas narraciones folklóricas, breves, alusivas a nuestra estación.

Así del lugar que nosotros denominamos zona 7, conocido por los paisanos por «la Mozqueta de Abajo», existe la siguiente leyenda: «Un pastor cuidaba allí sus ovejas tratando de interpretar los grabados como letras. Un día llegaron dos individuos en mulas, que para alejar

al muchacho incitaron a su perro contra el rebaño. Mientras el pastor lograba poner orden en sus animales y reunirlos nuevamente, descubrieron los individuos un pisón de oro y se lo llevaron.

Las letras eran la clave de los moros

último, en una fuente que se sitúa en una cañada de la ladera norte del Picu, «llegó un individuo a caballo y apartando una teja que había en la fuente sacó el oro».

Alusiones a las herraduras en relación

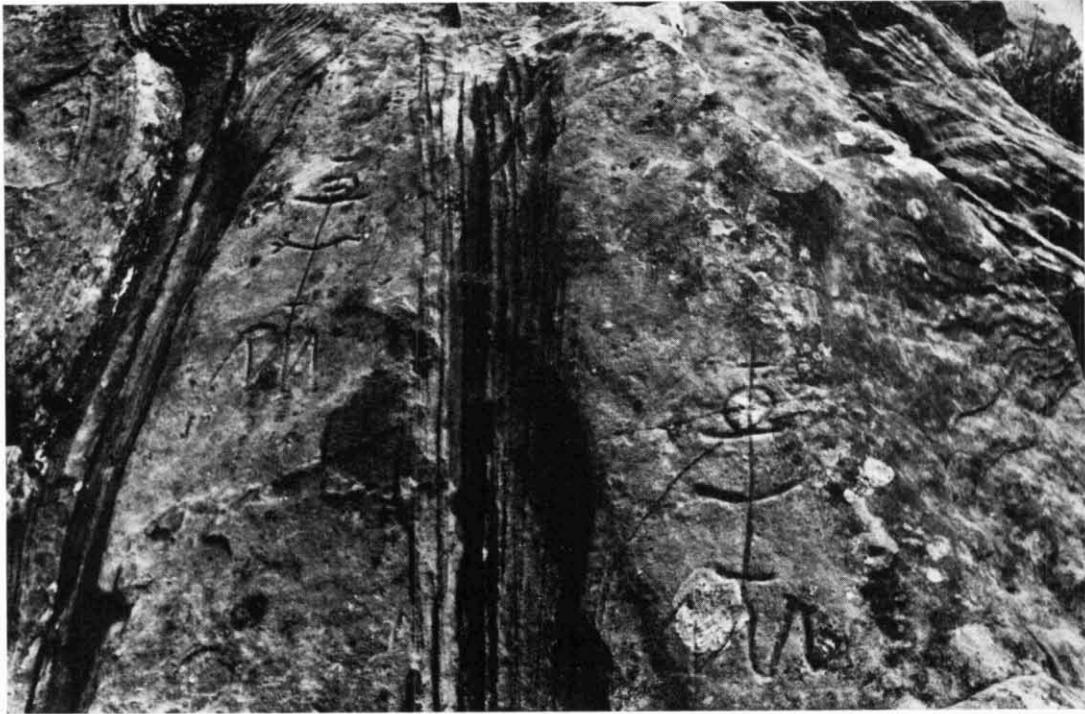


Fig. 2. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 1.

para encontrar el oro que habían dejado oculto al marchar.»

También cerca del punto culminante del peñascal de Berrubia había «un horno en el que los moros cocían el oro». Por

con pisadas de animales existen asimismo en los alrededores de Berrubia y en otros puntos de la región,² aunque en este caso no hayamos podido recogerlas con precisión.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

Zona 1. — Sobre un frente o pared de arenisca que finaliza la serie de crestas rocosas del cordal en su extremo oeste-suroeste, aparecen dos interesantes figu-

ras grabadas. Están ejecutadas sobre sendas paredes lisas separadas por una diaclasa muy acusada que corre en sentido vertical (fig. 2).

2. En una de las desaparecidas rocas de Porcía, que erróneamente se interpretaba como un gran megalito, existía una leyenda alusiva a una herradura grabada sobre la piedra en la que se sentaba para peinar sus largos y dorados cabellos una hermosa joven, bruja, todos los años la mañana de San Juan. F. ARAMBURU y ZULOAGA, *Monografía de Asturias*, Oviedo, 1899, pág. 61.

1. La primera de estas figuras (figura 3) fue realizada con un grabado de surco estrecho que adquiere mayor anchura en los tramos horizontales. El eje central del cuerpo de esta figura muy esquematizada lo constituye una línea vertical de trazo continuo, que en su tramo inferior se interrumpe por una línea corta, horizontal, y poco después finaliza en dos ramales que se continúan en un zig-zag. Se trataría de las piernas flexionadas por debajo de un faldellín constituido por la línea citada. Más arriba nacen los brazos, con surco más amplio, que se terminan en unas manos realizadas con detenimiento, puesto que incluso se han representado los dedos. Los brazos inciden en el tronco ligeramente oblicuos. La figura, con los brazos alzados y las manos abiertas, recuerda la expresión de un «orante». Finalmente, y en la parte superior de la figura, se suceden de abajo a arriba, un nuevo trazo horizontal, una elipse con una línea corta en el sentido del eje mayor, y encima, rematando el conjunto, un apéndice cruciforme. Esta última parte vendría a simbolizar la cabeza cubierta con un tocado. Dimensiones: longitud, 38 cm.

2. A la izquierda de la anterior, y más baja, de tal manera que su remate cruciforme está casi a la misma altura que el zig-zag que interpretamos como las piernas de la figura 1. Entre ambas hay una distancia, medida de tronco a tronco, de 65 cm. Este nuevo antropomorfo fue ejecutado con un trazo continuo, menos rígido que en la figura precedente, eliminándose las angulosidades en el zig-zag al ser los vértices ligeramente redondeados. Los brazos no terminan en manos, y el tramo superior es circular, no elíptico, faltando la incisión de sentido horizontal. Sobre el zig-zag

y la cabeza se ven acumulaciones de manchas compactas y blanquecinas debidas a las formaciones de hongos (figura 4). Dimensiones: 37,5 cm.

3. Unos diez centímetros por debajo del grabado anterior puede verse una fi-

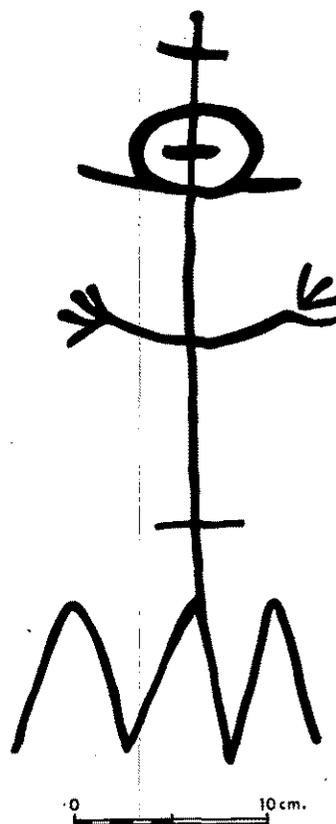


Fig. 3. — Picu Berrubia. Calco del antropomorfo, n.º 1 de la Zona 1.

gura en forma de M, con los extremos en bucle, cuyo grabado es profundo y ancho. Parece una figura que se haya realizado siguiendo el zig-zag de la anterior, sin ningún significado y carente de toda relación con el conjunto. Por último, a 60 centímetros de la figura 1, y a su derecha, aparecen una serie de picaduras en forma de virgula, que se suceden en dos bandas. Cada picadura consiste en una incisión con un hoyo, del que parte una rama en

sentido decreciente hacia arriba y a la derecha.

Anotamos también al pie de la roca, unos 80 cm. a la izquierda de los repicados, varios números modernos graba-

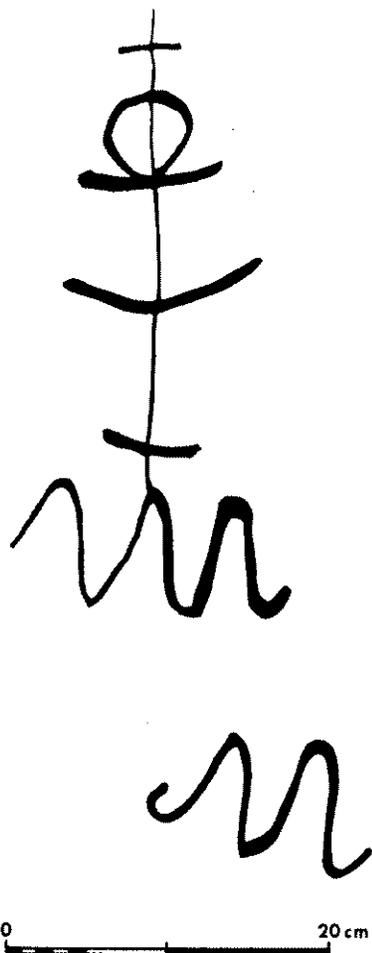


Fig. 4. — Pico Berrubia. Calco del antropomorfo, n.º 2 de la Zona 1.

dos, que siguen la sucesión correlativa del 1 al 6. A la izquierda de los números, y a mayor altura, existe un grabado cuyo trazo recuerda una N o tal vez un 1, con la rama oblicua hacia la derecha, en vez de hacia la izquierda, y del que parte una línea corta. La incisión es ancha y profunda.

Zona 2. — A unos metros del primer conjunto, y en el punto culminante del peñasal, siguiendo una dirección sureste-noreste, se encuentra sobre la roca una superficie cóncava pulida, sobre la que se grabó un cuadrado de 18 cm. de lado, quedando su plano ligeramente rebajado, con relación al resto de la superficie preparada. En el centro de esta figura existe un agujero sin pulir, con sus bordes bien acusados, cuya profundidad alcanza los 9 cm., siendo su diámetro de 4,5 cm. (figura 5).

A izquierda y derecha de la pequeña plataforma que hemos descrito hay, sobre la roca, dos cruces grabadas mirando ambas hacia el oeste:

a) Cruz latina de trazo fuerte y profundo. Se sitúa a 1,50 m. al norte del cuadrado. El perfil del surco es en forma de U con las ramas perpendiculares. Dimensiones: 14 × 9 cm.

b) Cruz griega, situada al sudoeste del cuadrado y a 2,5 m. del mismo. Es de aspecto más arcaico que la anterior, y aunque el grabado se realizó con fuerza, hoy se encuentra muy erosionado con diversas fracturas en los bordes que van desdibujando la figura. Dimensiones: 10 × 10 cm.

Zona 3. — Los grabados se sitúan aquí sobre la arista del cordal en un bloque de arenisca que adopta la forma de escalón o diedro con un plano horizontal, cuya superficie está grabada, orientado hacia el sudoeste, y a 23 m. en línea recta, en dirección sudeste del conjunto 2. El bloque cabalga sobre varias afloraciones de pudinga que en este lugar asoman, por primera vez, en la cresta, y que luego se encuentran frecuentemente a todo lo largo de la línea de cumbres.

Sobre este escalón ya descrito, apla-

nado y con fuertes señales de actividad erosiva, se inscriben un conjunto de figuras en forma de herradura, algunas de ellas cerradas, que dan el aspecto de estribos. Las figuras aparecen muy desdibujadas, con los bordes abiertos y el

Los grabados, agrupados por sus formas, consisten en 29 herraduras, siete figuras en estribo y una herradura abierta, con un trazo corto y recto equidistante de los extremos de sus ramas o brazos. Hay que anotar, además, un agu-

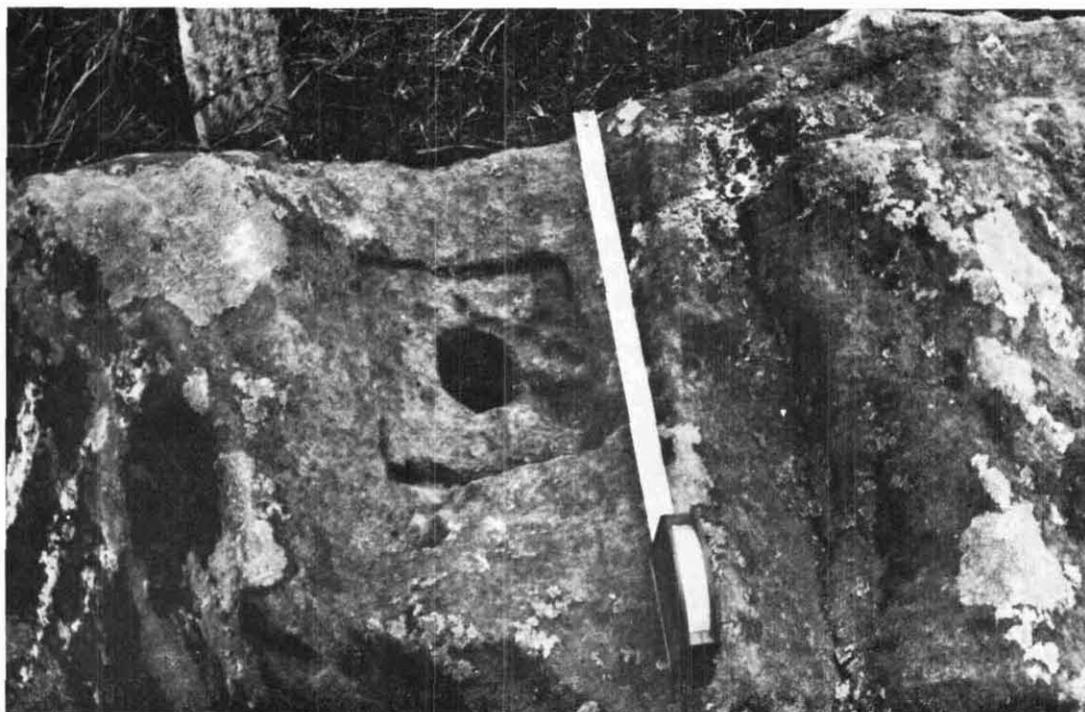


Fig. 5. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 2.

surco aplanado, y en algunos casos casi perdidas debido al desgaste de la roca. La inutilidad del calco o de la fotografía directa aconsejaron seguir la forma de cada elemento con yeso, sistema que si bien es poco ortodoxo habitualmente, es uno de los pocos viables en casos como éste (fig. 6).

La plataforma decorada tiene un aspecto más o menos trapezoidal, siendo su longitud de 1,70 m. y su anchura de 40 y 60 cm., respectivamente, en los extremos izquierdo y derecho del espectador,

jero de dos centímetros de diámetro por tres de profundidad, situado entre dos grupos de herraduras y próximo a la pared rocosa.

Las dimensiones de las figuras son muy semejantes, siendo la media general de unos 80 mm. de longitud por 70-75 milímetros de anchura.

En algunas de las herraduras se aprecian puntos o, mejor dicho, pequeños hoyos, tal vez realizados a punzón, que se inscriben en la línea de grabado.

A pesar de la apariencia anárquica en cuanto a la distribución, hay, no obs-

tante, cierta sujeción a un orden y un sentido. Puede observarse que la abertura en las herraduras o el tramo recto en los estribos tienden a correr paralelos al borde que limita la plataforma en la que se inscriben. Sólo un par de figuras se escapan a esta ordenación, que tal vez se deba simplemente a la postura adoptada por el autor de los grabados, en sentido perpendicular al eje longitudinal del escalón.

En el plano vertical de este diedro no hay ningún grabado ni huella alguna de figuras borradas o destruidas. Esto prueba, a nuestro entender, la predilección por un área definida; en este caso la horizontal, y claramente delimitada. De no ser así, es lógico pensar que existiesen figuraciones en el frente, donde sin duda estarían en una posición más destacada y por consiguiente serían más fácilmente visibles.

Zona 4. — Caminando por la arista en dirección noroeste-sureste y en sentido sureste se llega, tras recorrer 155 m. de suave descenso desde la zona 3, a un ligero ensanchamiento rocoso con alternancia de arenisca y pudinga. Sobre este ensanchamiento, y siguiendo una línea suroeste-noreste, perpendicular a nuestra trayectoria, encontramos el resto de los grabados que hemos estudiado en el Picu Berrubia.

El primer grupo de ellos, o zona 4, se encuentra a la derecha, situado ya sobre el arranque de la vertiente oeste.

Consiste en esencia en una hendidura vertical en la roca que determina un pequeño diedro cuyos planos han sido grabados:

a) Plano a la izquierda del espectador. Es una superficie rocosa totalmente lisa, de 1,60 m. de longitud por 0,6 m. de

anchura, que mira al sureste, en la que aparecen una serie de herraduras de brazos rectos y tendentes a correr paralelos. La abertura en todas ellas se sitúa hacia abajo. El grabado está bien definido, acusándose mejor en las figuras de la parte inferior. Veinte herraduras constituyen el panel, en el que además registramos un tramo recto de 8 cm. de longitud y un pequeño hoyo, en el centro del grupo, de ocho herraduras de la parte superior.

Las dimensiones de las herraduras oscilan entre 11 cm. de longitud por 12 cm. de anchura, las mayores, y 5 cm. de longitud por 7 cm. de anchura, las de menor tamaño (fig. 8).

b) De superficie más irregular que el plano *a*, contiene fracturas y desconchados además de algunas diaclasas. También aquí la pendiente es más acusada que en el plano anterior. Mira hacia el oeste y tiene una longitud de 1,5 por 0,50 m. de anchura en su parte media. En esta cara las figuraciones son escasas, pero más variadas.

1. En la parte superior y a la izquierda se aprecia un agujero excavado mediante activos golpes que han dejado su impronta al no pulirse después el orificio. Ha quedado así un perfil irregular y de forma estrellada. La profundidad es de unos 3 cm. y los diámetros mayor y menor de 8,5 y 6,8 cm., respectivamente.

A la izquierda del agujero descrito existen dos trazos verticales y paralelos, siendo más corto el de la derecha. Las dimensiones de estas dos rayas son: la mayor, 12 cm., y la menor, 5 cm. Debajo del trazo más largo y a 10 cm. fue grabada una pequeña herradura casi semicircular.

2. La parte central de esta cara contiene tres herraduras que constituyen los vértices de un triángulo ideal, dentro del

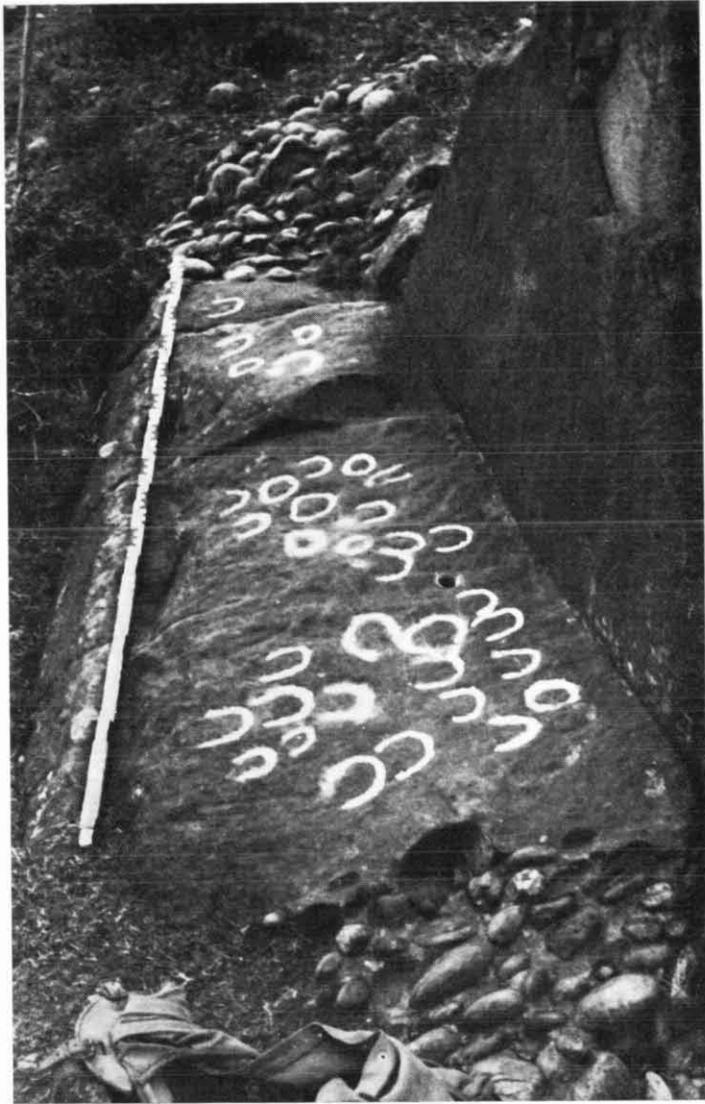


Fig. 6. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 3.

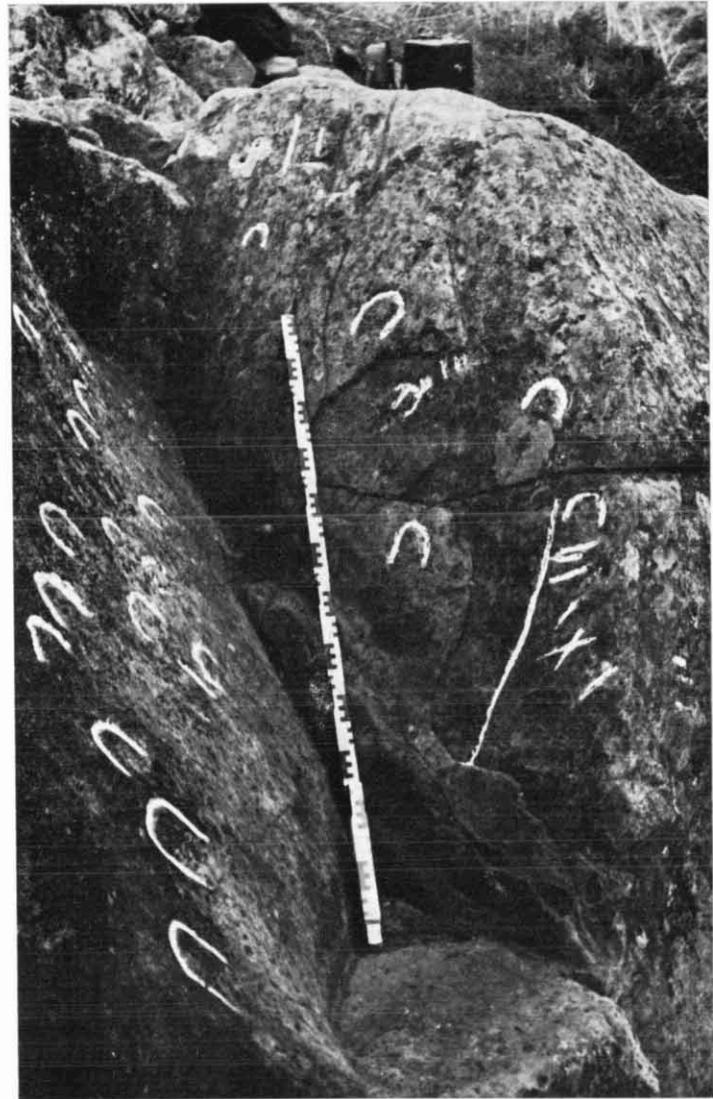


Fig. 7. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 4, b.

cual anotamos otra herradura de tamaño menor, sobre la que se sitúan cinco trazos paralelos de poca longitud.

3. En el borde derecho se desarrolla la última teoría grabada que anotamos en el diedro. Consiste en un trazo vertical de

ción del caminante, señalando una zona reservada a la concentración de insculturas (figura 9). Se logró con un intenso piqueteado que da una línea amplia y abierta, difícil de borrar. El surco del grabado tiene así unos dos centímetros de an-

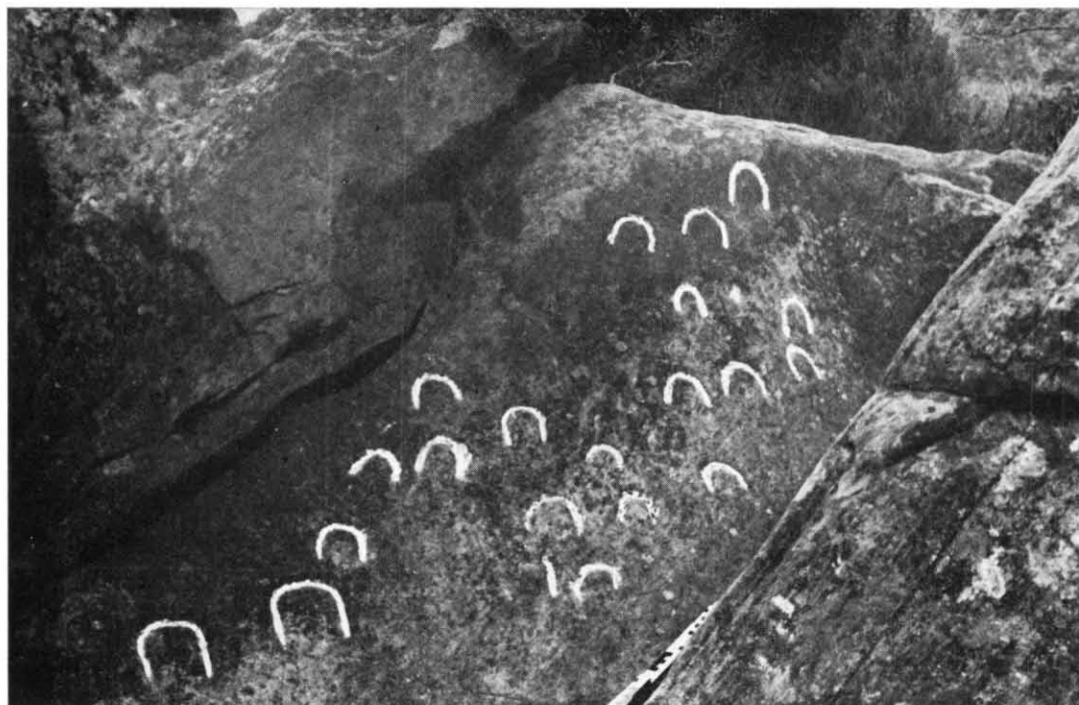


Fig. 8. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 4, a.

46 cm. de largo. A la derecha del mismo, en sentido vertical, se suceden: una herradura, tres líneas paralelas, de las cuales, las dos superiores están a punto de unirse en su parte izquierda, de unos 8 centímetros de longitud; un trazo oblicuo, un aspa y una nueva rayita inclinada de derecha a izquierda (fig. 7).

c) Fuera ya del diedro y en el plano horizontal rocoso contiguo a la cara *b*, que corre en dirección noroeste-sureste. Destaca por el carácter extraordinario del grabado una herradura de grandes proporciones que parece llamar la aten-

chura media por otros tantos de profundidad. La figura, de brazos paralelos y muy abierta en su extremo inferior, determina una gran U de 26 cm. de longitud por 16 de anchura.

A su derecha, y en la parte superior, distando unos 8 cm., hay una pequeña herradura. Sus dimensiones son: longitud, 7,5 cm.; anchura, 8 cm.

Zona 5.— Se sitúa este nuevo conjunto sobre aquella línea ideal de dirección suroeste-noroeste, de la que ya hemos hablado, y a unos 3 m. de la gran

herradura de la zona 4, hacia la izquierda. Aquí, en un bloque de arenisca plegado, exfoliado en láminas curvadas, y cuyo flanco izquierdo es de pudinga, aparecen sobre el núcleo del pliegue siete figuras. Todas, menos una, se disponen en una cir-

conjunto 5, sobre la línea ideal que hemos trazado.

1. Grabado sobre un pequeño plano vertical que mira hacia el sureste. Es una figura difícil de definir, dado el extraño aspecto que presenta. La nota pre-



Fig. 9. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 4, c.

cunferencia o en un exágono irregular, cuyos ángulos vendrían dados por cinco herraduras y el sexto por un círculo. Otro nuevo redondel fue grabado ligeramente excéntrico a pocos centímetros a la izquierda de la herradura más alta del conjunto (fig. 10).

Las dimensiones de estas herraduras oscilan entre 7 y 4 cm. de longitud por 9 y 6 cm. de anchura. El diámetro del círculo mide 8 cm.

Zona 6. — Se sitúa sobre un espolón rocoso, a cuatro metros a la izquierda del

dominante es su carácter geométrico. Podemos dividirla en tres partes para su descripción (fig. 11).

En primer lugar, un elemento rectangular que se desarrolla sobre la roca cubriendo los lados mayores en sentido vertical. Dicho rectángulo se ve interrumpido en la mitad superior por un tramo horizontal, paralelo, por tanto, a los lados menores. La figura que acabamos de describir se prolonga mediante sendas líneas grabadas en el ángulo superior izquierdo y en el inferior derecho. En este último hay un apéndice de corto trazo. En el

otro ángulo, no obstante, se prolonga, acodándose, aunque la línea está muy perdida, y continuando en un nuevo tramo horizontal se une a la segunda parte que describiremos. Ésta consiste sencillamente en un fuerte grabado en

la figura, en la zona que adopta forma de estribo, es menos profunda, ganando en anchura al ser sus bordes abiertos.

Dimensiones: longitud máxima del conjunto, 217 mm.; longitud del rectángulo, 130 mm.; anchura media del mismo,



Fig. 10. — Picu Berrubia. Fotografía de la Zona 5.

forma de estribo cuya base sigue el plano horizontal. Por último, y en línea con la rama derecha del estribo y paralelo al rectángulo, se observa un trazo corto inconexo con respecto al grabado en conjunto, pero que dada su situación anima a completar mentalmente la figura. Ello no es posible, puesto que no se observan siquiera mínimos restos de grabado que permitan pensar en una figura completa y acabada.

La línea del grabado es acusada y probablemente se haya efectuado con movimiento de vaivén. En la parte superior de

45 mm.; anchura del estribo, 50 mm.; altura del estribo, 60 mm.; longitud del tramo aislado, 37 mm.

2. En línea recta con la figura anterior, y a 15 m. a la izquierda de la misma, se halla una figura idoliforme, cuya disposición general adopta la forma de un estribo en cuyo interior se inscriben dos rectas que se cortan en cruz. El tramo horizontal de la misma atraviesa totalmente la figura. La rama vertical, más corta, no alcanza en ninguno de sus extremos el perímetro de la figura (fig. 12).

La línea de grabado se ve interrump-

pidan por hoyuelos muy pulidos que se reparten con cierto desorden. Aun cuando

haya cierta sujeción simétrica, aparece un tercero que produce el desequilibrio.

Dos de estos pequeños agujeros se sitúan, cercano uno y coincidente otro, con los ángulos de la base. En la rama curva

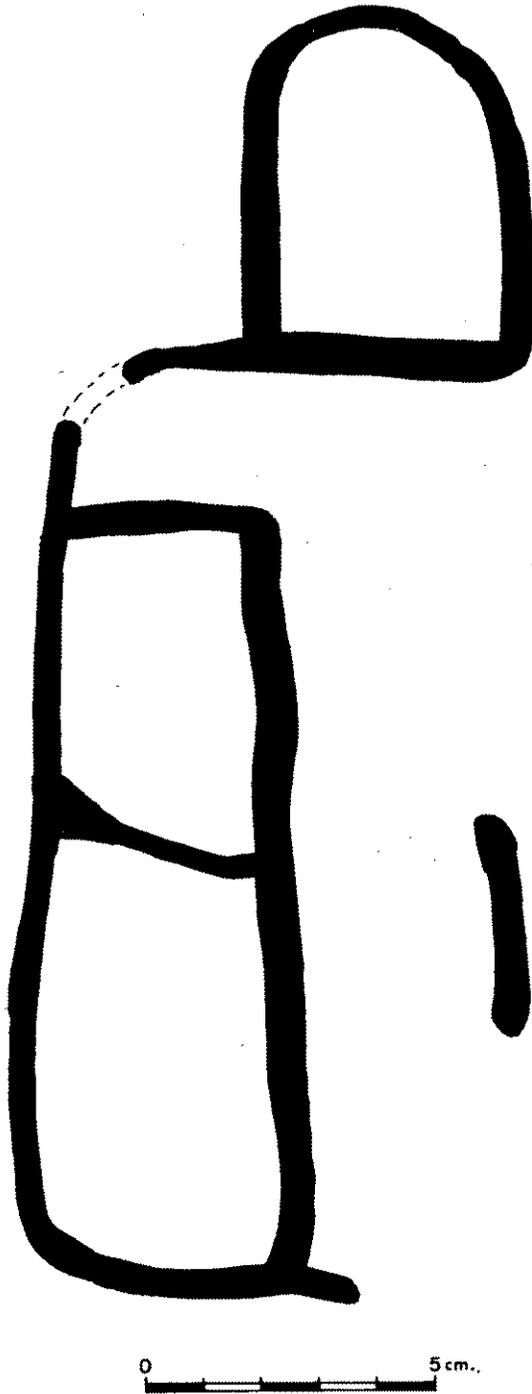


Fig. 11. — Picu Berrubia. Calco de la fig. n.º 1 de la Zona 6.

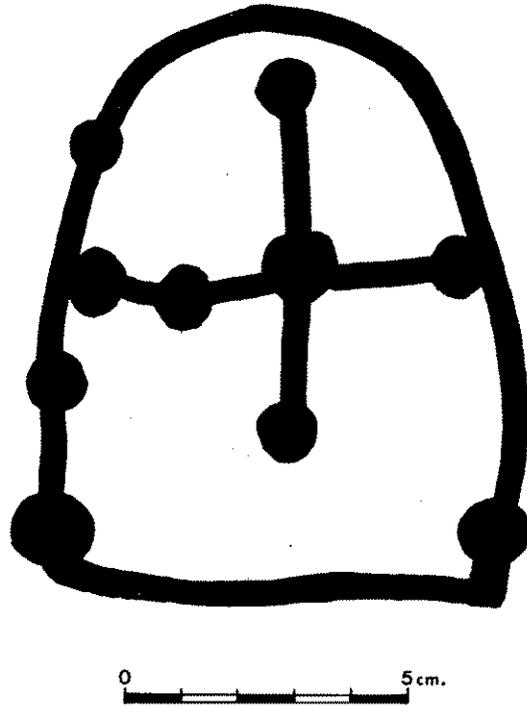


Fig. 12. — Picu Berrubia. Calco de la fig. n.º 2 de la Zona 6.

del estribo, a la izquierda del espectador, se sitúan otros dos. El resto figura sobre el grabado cruciforme, donde cuatro señalan los extremos y otro más interrumpe el brazo izquierdo en su zona media. El último hoyo coincide con la intersección de las ramas de la cruz y es, probablemente, el más acusado.

El grabado parece que se ejecutó con un dibujo previo o esquema sobre el que se aplicaron los puntos, cuidadosamente confeccionados por algún sistema de abrasión rotatoria. La profundidad que adquieren es equivalente al radio de la circunferencia externa del agujero, por lo

que el hoyuelo es prácticamente hemisférico.

Una vez trazada la teoría, se resaltó mediante un grabado más fuerte y abierto que se realizó uniendo los agujeros, en tramos cortos, lo que explica la regulari-

Zona 7. — Es la última de la estación y en ella se reparten los grabados sobre una pared vertical de arenisca que finaliza el espolón rocoso en el que se inscriben los temas de las zonas 5 y 6. Esta pared, a partir de la cual comienza el rá-



Fig. 13. — Picu Berrubia. Fotografía del ídolo n.º 2 de la Zona 6. (Fotografía de M. Mallo.)

dad de la línea, que no presenta diferencias notorias en anchura o profundidad, salvo aquellas zonas en las que el factor erosivo haya actuado con especial intensidad.

Finalmente queremos señalar una fina diaclasa de trayectoria curva e irregular, que atraviesa nuestro ídolo por la parte superior, desvirtuando ligeramente la interpretación de la figura, como podría suceder si nos guiásemos exclusivamente por la foto que reproducimos (fig. 13).

Dimensiones: anchura en la base, 90 milímetros; altura, 102 mm.

pido descenso de la ladera de la montaña, mira hacia el noroeste. Las dimensiones del gran mural liso son: 3,50 m. de altura por 2 m. de anchura. Los motivos grabados se observan en la parte central.

Los temas se ordenan en dos bandas que corren paralelas una por encima de la otra.

1. Parte superior: grabados de gran tamaño muy esquemáticos, de forma angular debido a la unión en un vértice de dos o tres líneas. — De izquierda a derecha del espectador se observan dos fuertes trazos muy profundos y anchos, que

se unen formando una V invertida. A modo de bisectriz viene a incidir cerca del vértice, pero sin unirse con él una tercera línea. Dimensiones: brazo más largo, 40 cm.; distancia entre los extre-

dos líneas oblicuas, profundas, tienden a converger en la parte superior, sin que tal unión se produzca. Dimensiones: 20 y 22 centímetros.

Finalmente, y como límite en la parte

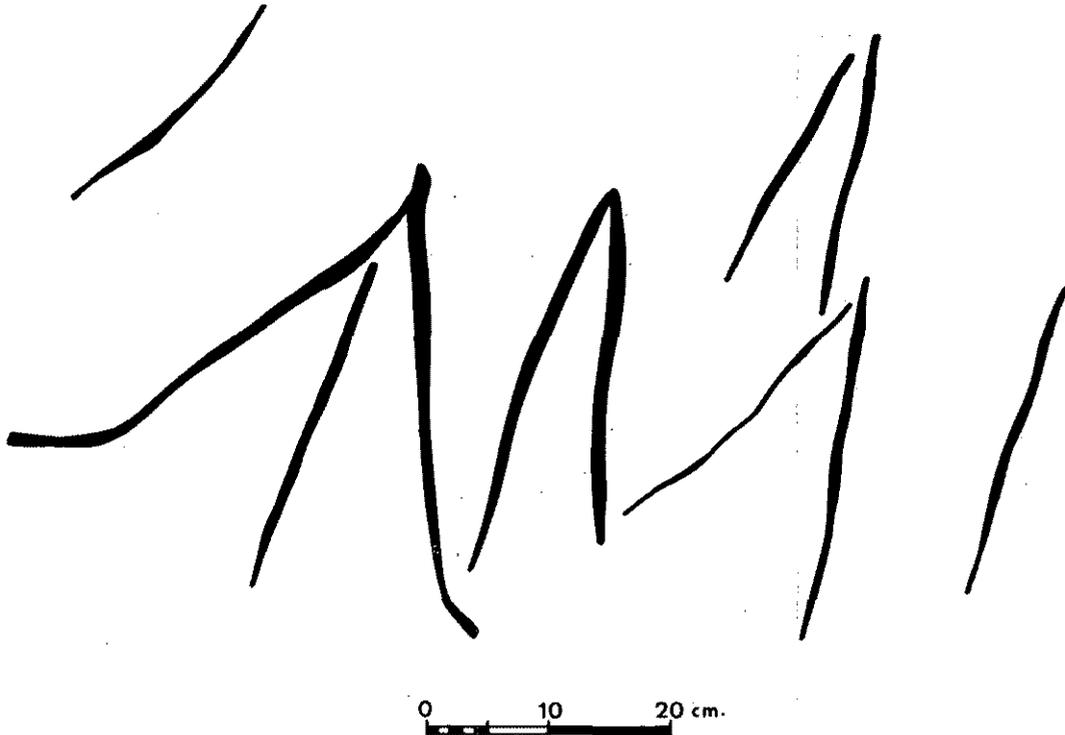


Fig. 14. — Pícu Berrubia. Calco de los grabados de la Zona 7, n.º 1.

mos de los brazos, 45 cm.; brazo menor, 37 cm.; bisectriz, 27 cm.

A continuación existe un nuevo ángulo de unos treinta grados, también con el vértice hacia arriba. Sus dimensiones son: 28 y 31 cm. de longitud.

Próximo al extremo final del lado derecho de este ángulo parte el brazo izquierdo de una tercera forma angular, está vez de línea más fina y menos profunda que las anteriores. Dimensiones: brazo más largo, 28 cm.; trazo fino, 21 centímetros.

Entre esta figura y la anterior, y casi alcanzando al último grabado descrito,

derecha, hay un trazo aislado de desarrollo vertical de 25 cm. de longitud (figura 14).

Entre esta banda grabada y una nueva zona inscrita más baja se aprecian una serie de repicados en la roca que se ejecutaron por percusión de derecha a izquierda.

2. Unos 50 cm. por debajo del grupo 1 aparece una banda de grabados finos, de composición reticular, formados por la superposición de dos bandas oblicuas entre sí, integradas por rectas paralelas (fig. 15).

Una nueva banda casi toda formada

por líneas paralelas aparece por debajo de la anterior. También, y con línea muy fina, destaca una figura en forma de signo de interrogación de 12 cm. de altura, con



Fig. 15. — Picu Berrubia. Fotografía del calco de la Zona 7, n.º 2.

la zona circular atravesada por un trazo vertical.

El conjunto del reticulado tiene unas dimensiones, por lo que se refiere a las líneas, que oscilan entre los 10 y los 14 centímetros, ocupando la zona decorada un área rectangular de 80 cm. de anchura por 55 de altura.

3. Encima del reticulado anterior, y a la derecha, fue plasmada una herradura en la que se observan restos de piqueteado, aunque la línea se logró por intensa abrasión. El área interior delimitada por el dibujo está llena de desconchados producidos por percusión. Mide 12 centímetros de altura por 11 de anchura.

A la izquierda de esta última encontramos un desconchado que tuvo como origen una figura de grabado profundo, totalmente perdida, y que bien pudiera ser otra herradura.

TÉCNICAS DE GRABADO

Las técnicas de grabado de Picu Berrubia van generalmente en función de las características litológicas de la roca sobre la que se realizan las figuraciones, y por tanto de la mayor o menor dificultad que ésta presenta al grabador.

En nuestra estación la piedra que se utiliza para grabar es siempre la arenisca en distintos grados de descomposición. En las zonas de arenisca poco compacta y blanda el grabado se limita a una incisión fina y profunda; en cambio en los lugares donde la roca es más compacta, es preciso recurrir a una abrasión activa e incluso al piqueteado.

A continuación señalaremos las diferentes técnicas que hemos podido distinguir en los conjuntos descritos:

Incisión fina y profunda. Lograda fácilmente, dada la poca dureza de la roca. El trazo es largo y firme, ejecutado de una sola vez, sirviéndose para ello de un instrumento de punta aguda. (Zona 1, antropomorfos.)

Grabado por abrasión. Esta técnica consiste aquí en insistir sobre una misma línea de grabado, lo que aumenta la anchura y suaviza el perfil. En este caso el trabajo se ejecutó en doble sentido, es decir, trazo de ida y vuelta, hasta que la línea quedó fuertemente señalada. (Herraduras de los conjuntos 3, 4 y 5).

Abrasión profunda en un solo sentido. Consiste en la repetición del grabado so-

bre una línea, siempre en una misma dirección, comenzando con fuerza en la parte superior e inicial del trazo, alcanzando en la primera mitad de la línea gran profundidad y disminuyendo ésta paulatinamente hasta alcanzar finalmente el plano horizontal. Se obtiene así un grabado de acusado perfil en U. (Grabados en forma de tienda del conjunto 7.)

Punto y raya. Inicialmente se trataría de una línea fina que señala el dibujo a grabar, en la que después se intercalan por abrasión rotatoria pequeños hoyuelos. La última fase consiste en unir con trazos fuertes, repetidos, cada agujero con el siguiente. (Dos herraduras de la zona 3.)

Piqueteado. Utilizado en las áreas donde la roca ofrece mayor cohesión, aunque ocasionalmente aparezca también esta técnica en rocas de poca dureza. Las figuras obtenidas por su trazo irregular y ancho, lográndose en ocasiones buena profundidad. El perfil de la línea de grabado es también desigual. Aparentemente

es la técnica menos usada en Berrubia, aunque tenemos que admitir que algunas figuras de grabado ancho por abrasión pudieron elaborarse mediante un repicado previo, disimulado después por una activa acción de pulido. (Gran herradura de las zonas 4 y 7.)

La observación de estas técnicas no siempre ha sido posible, y tampoco podemos pensar en una técnica única para cada figura. Hay que tener en cuenta la activa labor de erosión que ha lamido y desfigurado muchos grabados. Esta erosión se pone de manifiesto, en especial, en las zonas planas donde el estancamiento del agua de lluvia es más frecuente, al igual que la acumulación de hielo y nieve, aparición de pequeños vegetales o formaciones de hongos, etc., e incluso el desgaste, no menos importante, del paso de personas y ganados. Llegan a nosotros con mayor nitidez los temas que se han plasmado en las superficies verticales, en las que los agentes erosivos no muestran su acción con tanta intensidad.

ARQUEOLOGÍA DE LA ZONA

En el estudio de las manifestaciones rupestres al aire libre, para las que no pueden establecerse relaciones con un contexto estratigráfico, ni siquiera con yacimientos situados al pie de las rocas decoradas, es importante el reconocimiento de la zona que, al menos, proporciona una visión del medio arqueológico en el que se ejecutaron los grabados.

La zona que se puede considerar como vinculada a la estación de Berrubia consiste en los términos inmediatos y próximos a lo que pudiéramos denominar ma-

cizo de Olloniego, formado por dos amplios cordales que inciden perpendicularmente, coincidiendo su borde oriental con la divisoria territorial de los concejos de Langreo, Mieres y Oviedo. Como límites geográficos podríamos señalar el río Nalón al norte, el Caudal al sur, y el pequeño río de San Felechoso en el borde occidental.

En el área referida los testimonios arqueológicos observables por la simple explotación visual se reduce únicamente a algunos monumentos megalíticos y a nue-

vos temas incisos en rocas, aunque aislados y de poca importancia.

Tres túmulos, probablemente dolménicos, aunque muy arrasados por diversas violaciones, han sido anotados en el collado oriental del Picu Boa, que eleva su cumbre a 657 m.³ Otros dos se encuentran a mitad de camino en el cordal en dirección al Picaxu, hacia los 600 m. de altitud sobre el nivel del mar. El sexto se halla ya en el Gamonal del Picaxu, a unos 700 m. de altitud. Este es de buenas dimensiones y presenta el clásico cráter de destrucción en el que afloran aún dos lajas de piedra que formarían parte de una amplia cámara dolménica. Frente a este monumento, a pocos metros, y en reborde rocoso sobre el borde este del Gamonal, se conserva una cruz grabada en la arenisca cuarcitosa de pequeñas dimensiones, y realizada con la técnica que

hemos denominado de punto y raya.

Por último, en el camino de Berrubia a Tudela de Veguín, frente a la cañada que se abre hacia el pueblo de Anieves y en el comienzo del mismo, aflora un bloque anguloso de roca arenisca que en su frente liso presenta dos grabados: una especie de T, de trazo profundo, de sección en U, obtenido por piqueteado, y un trazo vertical más largo e igualmente obtenido por percusión. Ambos grabados miran hacia el norte.

Sólo nos resta hablar del hallazgo, hace más de veinte años, en una calleja de Tudela de Agüeria, de un hacha pulimentada de fibrolita con vetas de diversa coloración. El análisis del mineral admitía un posible exotismo para el instrumento, dada la carencia de noticias sobre la existencia en Asturias del tipo de roca con la que fue confeccionada.⁴

ANÁLISIS DE LOS TEMAS

Procederemos a continuación a un breve análisis temático de las figuras más significativas del Picu Berrubia, tratados, no en función de la frecuencia, sino de la posibilidad informativa que su tipología pueda ofrecernos tanto en el orden cultural como en el cronológico.

Antropomorfos. — Debemos señalar en principio que nuestros personajes, de gran estilización corpórea y curiosos remates en la zona de la cabeza con apéndices cruciformes que descansan sobre un elemento de tendencia circular, no

tienen prácticamente paralelos que podamos registrar. Sólo podemos hacer referencia a un curioso grabado, también antropomorfo, muy esquemático, del dolmen de Casota de Páramo (Barbanza, La Coruña) en el que a modo de sombrero se grabó un círculo con dos diámetros que se cortan perpendicularmente con prolongaciones al exterior que adoptan la forma de una cruz. Esta figura y otra del mismo dolmen fueron puestas en entredicho por Breuil, extrañado ante el círculo con cruz y ante la falta de paralelos, poniendo en duda su antigüedad.⁵

3. El descubrimiento de estos monumentos se debe a don José Manuel González. Véase próximamente su trabajo en prensa, *Recuento de túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias*, en *Archivum*, XXIII, 1973.

4. MENÉNDEZ GARCÍA, *Hacha pulimentada de Tudela de Agüeria (Oviedo)*, en *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos*, Oviedo, 1957, págs. 196-197.

5. H. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, I, Lagny, 1933, págs. 56-58, fig. 33, núm. 14.

Con respecto a la autenticidad de muchos grabados dolménicos se plantea una difícil situación, que está lejos de solucionarse, en especial para aquellos monumentos conocidos de antiguo y excavados y frecuentados a menudo.⁶

Hemos dicho anteriormente que los antropomorfos, por la disposición de sus brazos, recordaban una figura «orante», aunque también se haya considerado como una postura de danza.⁷ Sea una u otra la interpretación que aceptemos, los paralelos son ahora más frecuentes. Encontramos orantes en petroglifos, mucho más esquemáticos, en Pedra Bullosa.⁸ En la pintura rupestre esquemática podemos anotar igualmente algunos paralelos en los siguientes abrigos: Sierpe y Cerezueca,⁹ el Piruetal,¹⁰ los Gavilanes,¹¹ Covatilla de San Juan,¹² las Moriscas (Helechal),¹³ etcétera.

Además del tramo horizontal que hemos interpretado como un faldellín, otra nota característica de estas figuras es la flexión de las piernas que llegan a expresar una M bien definida. Las piernas así

dobladas se deben quizás a un encogimiento en la danza o, como piensa Breuil, a que los personajes estén sentados.¹⁴

Algunas figuras en M de la pintura rupestre esquemática las encontramos en Piedra Escrita,¹⁵ Morrón del Pino,¹⁶ Cueva de la Venta de la Inés,¹⁷ Minateda,¹⁸ Beniatjar,¹⁹ etc. También un antropomorfo sin cabeza, con los brazos abiertos, con manos y dedos, y las piernas suavemente flexionadas, lo encontramos en un dolmen de Pedra dos Mouros (Portugal).²⁰

Herraduras. — Tanto el ámbito cultural al que pertenecen los temas en herradura como la interpretación de éstas y su cronología han motivado ya una abundante bibliografía que deja, a pesar de todo, sin solucionar definitivamente las cuestiones planteadas.²¹

Inicialmente se interpretaron las herraduras como figuraciones esquemáticas de piernas de mujer²² o como representaciones más simples de una figura femenina.²³ Con posterioridad fueron desechadas tales reducciones iconográficas, acep-

6. Véase en este sentido uno de los coloquios del *Valcamonica Symposium*, Centro Camuno di Studi Preistorici, Capo di Ponte, 1970, págs. 117-119.

7. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, pág. 81.

8. R. SOBRINO, *Corpus petroglyphorum Gallaeciae*, Santiago de Compostela, 1935, tabla XVIII, fig. 38.

9. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 77-81, figs. 37 y 38.

10. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 90-92, figs. 46 y 47.

11. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, pág. 94, fig. 48.

12. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 107-110, figs. 53 y 54.

13. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, II, pág. 88, fig. 47.

14. BREUIL, *Les roches peintes à Minateda (Albacete)*, en *L'anthropologie*, XXX, 1920, págs. 47-48.

15. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 84-89, figs. 40, 41 y 43-45.

16. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 97-98, fig. 50.

17. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, III, págs. 105-106, fig. 52.

18. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, IV, pág. 51, fig. 21.

19. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, IV, pág. 88, fig. 49.

20. L. ALBURQUERQUE E CASTRO, *Un novo aspecto interpretativo da ornamentação dos monumentos megalíticos*, en *Revista de Guimarães*, 1961, pág. 257 y lám. I, fig. 5.

21. Como trabajos más ilustrativos en este sentido véanse los siguientes: S. VILASECA, *Los grabados rupestres esquemáticos de la provincia de Tarragona*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 52, 1943, págs. 259-263; R. SOBRINO LORENZO y J. MARTÍNEZ LÓPEZ, *Petroglifos de Lalín II*, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XIII, 1958, págs. 5-34; M. C. GARCÍA MARTÍNEZ, «A pedra que fala», con *piletas y petroglifos*, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXIII, 1968, págs. 263 y ss.

22. H. OBERMAIER, *El hombre fósil*, Madrid, 1925, págs. 336-338.

23. J. CABRÉ, *Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria*, en *Archivo Español de Arqueología*, t. 43, 1941, págs. 316-344.

tándose una posible alusión a pisadas de animales, al aparecer en ocasiones al lado de podomorfos.²⁴ En esta línea existe una postura más radical que identifica estos temas con auténticas representaciones de herraduras de caballo.²⁵

Esta variedad de puntos de vista en lo interpretativo se da también en el establecimiento del contexto cultural al que las herraduras pertenecen y en su situación cronológica. Las distintas opiniones formuladas tienden a polarizarse en dos grupos. En primer lugar se acepta una cronología temprana en la que el motivo en herradura, siempre ligado a los cruciformes, correspondería a un contexto megalítico, formando un conjunto definido distinguible de los petroglifos del grupo gallego-atlántico. Esta distinción es formulada por Obermaier con su *altere Gruppe*²⁶ y por López Cuevillas en su grupo A, donde se analiza la repartición geográfica de los motivos.²⁷

En torno a estas dos posturas giran más o menos el resto de las opiniones expuestas; desde quienes optan por una postura sin compromiso,²⁸ hasta los que admiten un cierto modernismo para estos temas.

En trabajos recientes parece que se acepta y vuelve a la actualidad la relación

entre herraduras y megalitos. Los trabajos de MacWhite y Daniel al respecto parecen probar esta conexión,²⁹ aumentando la distinción entre el grupo de herraduras y cruces y los demás motivos de cronología posterior que constituyen el llamado grupo gallego-atlántico.

En el extremo opuesto nos encontramos con las ideas expuestas por R. Sobrino y Martínez López,³⁰ Según estos autores la herradura no tiene nada que ver con el resto de los petroglifos. Aparece en el interior, no en las áreas costeras y no admiten ninguna conexión entre este tema y las estructuras dolménicas. Sobrino aporta un catálogo exhaustivo de la repartición de estos motivos en el área peninsular, concluyendo que la herradura procede de Francia, donde comienza a representarse dos siglos antes de la era. El motivo estaría ligado a la invención de la herradura para caballerías en el mundo provincial romano; de ahí su modernidad. Posteriormente este tipo de grabado se difundiría por España, llegando a Galicia alrededor del siglo I a. de J. C.

Anati, en su reciente sistematización del arte rupestre del noroeste peninsular,³¹ establece un último período que denomina geométrico simbólico. Es el momento de las representaciones no figura-

24. VILASECA, *Los grabados rupestres esquemáticos...*, citado, pág. 262.

25. SOBRINO y MARTÍNEZ, *Petroglifos de Lalin II*, citado, pág. 34.

26. H. OBERMAIER, *Die Bronzezeitlichen Felsgravierungen von Nordwest-Spanien (Galizien)*, en I. P. E. K. 1925, págs. 514 y ss.

27. F. LÓPEZ CUEVILLAS, *Las insculturas del Outerio da Cruz*, en *Boletín del Museo Arqueológico Provincial de Orense*, I, págs. 95-101.

28. VILASECA, *Los grabados rupestres esquemáticos...*, citado, págs. 262-263.

29. S. P. O'RIORDAIN, y GLYN DANIEL, *New Grange*, Londres 1964, incluyen una tabla de motivos ornamentales en los *passage grave* irlandeses confeccionada por el profesor Figgot en 1954 en: *The Neolithic Cultures of the British Isles*. En esta clasificación se distinguen trece tipos con sus variantes. Al igual que la herradura se anota también la cruz. Véase a O'RIORDAIN y DANIEL, *New Grange*, citado, págs. 114 y ss., asimismo, fig. 30 4a y 4b. E. MACWHITE, *A new View on Irish Age Rock-Scribings*, en *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, LXXVI, 2, Dublin, 1946. De gran interés es el reciente trabajo de E. Shee, *Recent Work on Irish Passage Graves Art*, en *Boll. Centro Camuno di Studi Preistorici*, VIII, 1972, págs. 199-224.

30. SOBRINO y MARTÍNEZ, *Petroglifos de Lalin II*, citado, pág. 34.

31. E. ANATI, *El arte rupestre galaico-portugués*, en *Simposio Internacional de Arte Rupestre, Barcelona, 1966*, Barcelona, 1968, págs. 244-248. Véase igualmente en: *Id.*, *Arte rupestre nelle Regioni occidentali della Penisola Iberica*, *Archivi di Arte Preistorica*, nº 2, Capo di Ponte, 1968.

tivas, en el que predominan los temas con personalidad propia, sin depender de ningún modo unos de otros. Pertenecen a este grupo las herraduras, las cruces, las formas en *phi*, los discos simples, etc. Este período se correspondería con el momento de mayor difusión del arte gallego-portugués, avanzando sobre las áreas marginales. Finalmente las figuraciones geométrico-simbólicas se irían asociando definitivamente con representaciones zoomorfas. Anati reconoce la dificultad para establecer una cronología segura para este grupo y cree que estos temas se desarrollan a lo largo del primer milenio e incluso alcanzan la época romana, momento en el que se produce la desaparición definitiva del arte rupestre del noroeste peninsular. El motivo de las cruces y herraduras, a pesar de su distinta forma figurativa, corresponde a una fuerte tradición ideológica que se transmite a través de sucesivos ciclos del arte rupestre gallego-portugués.

Tras este breve análisis del estado de la cuestión quedan claros varios puntos con respecto a las herraduras. En primer lugar su fuerte personalidad temática, grado límite de esquematización, claramente diferente de los asuntos tratados en el resto de los petroglifos, y la independencia de cada elemento dentro del conjunto, cobrando cada figura libertad sin estar supeditada a las restantes.³² Por otro lado, una delimitación geográfica que adopta una repartición distinta con respecto a los motivos del grupo gallego-

atlántico, lo que ya de por sí es suficientemente significativo.

Más ardua es, sin embargo, la datación cronológica a falta de un término comparativo seguro. Nosotros vemos en las herraduras un elemento vinculado al fenómeno megalítico. La aparición de este tema en estructuras dolménicas fue registrado en distintas ocasiones,³³ tanto dentro como fuera del área peninsular, si bien algunos de los ejemplos recogidos son dudosos. También, aunque no con frecuencia, las herraduras aparecen en estancias de pintura rupestre esquemática.³⁴ No obstante, si bien en su origen el motivo es megalítico, su aparición en rocas al aire libre puede corresponder a un momento posterior, en el que la tradición simbólica se corresponda con ciertas variantes ideológicas coincidentes ambas con un momento de expansión.

Esta procedencia megalítica es la que permite que el motivo de la herradura figure en regiones geográficamente distintas del noroeste peninsular, y que en estas mismas regiones no aparezca asociado a temas del grupo gallego-atlántico desconocidos.

Como pervivencia, bien pudiera representarse el tema hasta finales del primer milenio, como piensa Anati.³⁵ Esta cronología sería aceptable principalmente para el noroeste peninsular, donde la tradición megalítica en muchos de sus aspectos llegaría hasta entrada la Edad del Hierro.

Idolos. — Hemos denominado *idolos* a los dos grabados de la zona 6 por su pe-

32. Un buen ejemplo sería el de «Herraduras de Bemfeitas»: ANATI, *El arte rupestre...*, citado, pág. 252.

33. Véase la catalogación hecha sobre el área peninsular por Vilaseca, *Los grabados rupestres esquemáticos...* citado, págs. 259-261.

34. Herraduras pintadas en Beniatjar: BRÉUIL, *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, IV, pág. 89. También en Peña Escrita de Tarbena (Alicante): ÍD., *Les peintures rupestres schématiques...*, citado, IV, lámina XXXIX, 5. Igualmente en la Asomadilla, Soria: véase T. ORTEGO FRÍAS, *Nuevos grupos de pinturas rupestres en el término de Soria*, en *III Congreso Arqueológico Nacional, 1953*, Zaragoza, 1955, pág. 65, fig. 8.

35. ANATI, *El arte rupestre...*, citado, págs. 244-254.

cular aspecto geométrico, cuya interpretación sólo puede intentarse aceptando para estas figuraciones un amplio carácter simbólico. Completa y expresiva en este sentido es la segunda figura con su cruz incisa y los curiosos hoyuelos que aparentemente se reparten de manera anárquica en la figura.

Podemos señalar un cercano paralelo de la misma en una piedra grabada que se conserva en el Museo de la Guardia (Pontevedra), procedente del castro de Santa Tecla, según Carballo, y que inscribe igualmente una cruz asimétrica, cuyos brazos finalizan en pequeños agujeros.³⁶

Ídolos de este tipo son poco corrientes en las insculpturas de nuestro noroeste, siendo asimilables, los que estudiamos, al tipo ídolo-placa que fue algunas veces representado en la pintura rupestre esquemática.³⁷

El primer ídolo de Berrubia, aunque incompleto, parece tratarse de un ídolo reticulado, cuyos paralelos pueden señalarse dentro de la región asturiana en los ídolos de los abrigos de Fresnedo,³⁸ e incluso en un ídolo mueble, como puede ser el procedente de la cueva del Cuélebre.³⁹ Esta tipología, como vemos, aparece indistintamente en la pintura, en el grabado, en materiales muebles o plasmada en ortostatos dolménicos.⁴⁰

Fuera del área peninsular pueden ano-

tarse igualmente representaciones no figurativas sobre las que se inscriben hoyuelos en la línea de grabado, sin una ordenación rígida en la frecuencia o en la repartición, tales pueden ser, por ejemplo, algunas figuras rupestres de Olargues, en el Hérault.⁴¹

Grabados lineales.—Incluimos aquí esencialmente las líneas incisas, más o menos gruesas, de la zona 7, cuya interpretación resulta poco factible, dada la inexpresividad del dibujo. Los paralelos que puedan obtenerse por este motivo resultan sumamente aleatorios para que pueda otorgárseles cualquier valor iconográfico o cronológico.

La parte superior, con los grabados profundos de formas angulares que hemos interpretado como tiendas, es la más expresiva. La coincidencia en un punto de dos o tres líneas motivando dibujos angulares o esquemáticas representaciones de flechas, han sido dadas a conocer en diferentes estaciones. Podemos señalar como paralelos para las de Berrubia, dada su proximidad formal, las incisiones que publicó Isetti agrupadas como «esquemáticas en flecha».⁴² En la Península, y sin que las posibles comparaciones arrojen nuevos datos, puede citarse la estación de Roca de Doleinhos, Tondela (Viseu).⁴³

Por último, reticulados informes aso-

36. J. CARBALLO, *Algunos datos para la prehistoria gallega aún inéditos*, en *Boletín de la Real Academia Gallega*, XXIX, n.º 253, pág. 7 y ss.

37. P. ACOSTA MARTÍNEZ, *Representaciones de ídolos en la pintura rupestre esquemática española*, en *Trabajos de Prehistoria*, t. 23, 1967, págs. 31-35.

38. M. MALLO VIESCA, y M. PÉREZ, *Pinturas rupestres esquemáticas en Fresnedo, Teverga (Asturias)*, en *Zephyrus*, XXI-XXII, 1971, págs. 120-133, figs. 13, 16, 20 y 25.

39. M. A. DE BLAS CORTINA, *El ídolo de la cueva del Cuélebre (Asturias)* en *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971)*, I, Barcelona, 1974, págs. 169-174.

40. G. LEISNER, *Die Maleveien des Dolmen Pedra Coberta*, en *J. P. E. K.*, 1934, págs. 23-44, lám. 11, 3.

41. R. GUIRAUD, *Les gravures rupestres d'Olargues*, en *Revista di Studi Liguri*, XXVI, 1960, pág. 427.

42. G. ISETTI, *Corpus delle incisioni lineari di Val Meraviglie*, en *Revista di Studi Liguri*, XXXI, 1965, pág. 105, fig. 61.

43. ANATI, *El arte rupestre...*, citado, fig. 33.

ciados a cazoletas de perfil cuadrado aparecen en el occidente de Asturias en una nueva estación que tenemos actualmente en estudio.

Cruciformes. — Como hemos visto anteriormente, existen dos grabados cruciformes en la zona 2, más o menos simétricos con respecto a un eje central, que pasaría idealmente por el centro del hoyo excavado en la zona rebajada de forma cuadrada ya descrita.

La disposición de las cruces en la cota máxima del peñascal, en un punto que visualmente domina todo el territorio circundante, y también el claro rebaje en la piedra con un profundo agujero excavado en el centro, nos hace pensar en uso diferente de la roca. Esta utilización estaría basada en una idea distinta y tendría una

cronología más cercana a nosotros. La profundidad del hoyo sólo se comprende si su misión es la de sujetar un astil, quizás el de una cruz.

Nos inclinamos a pensar que el conjunto 2 responde a motivaciones diferentes que el resto de los grabados, no teniendo, por tanto, nada que ver, ni cultural ni cronológicamente, con el conjunto estudiado.

No queremos caer con esto en la vulgaridad de aceptar todas las cruces rupestres como señales indudables de cristianización, y por tanto como elementos de cronología reciente. Consideramos los cruciformes como motivos antiguos y su asociación en numerosos casos a las herraduras es indudable. El análisis de este interesante problema excedería, por otro lado, las intenciones de este trabajo.

CONCLUSIONES

Nuestras conclusiones serán necesariamente breves, dadas las limitaciones propias de los grabados rupestres al aire libre.

Como hemos visto, impera en Berrubia una gran uniformidad temática que no permite establecer paralelos muy precisos, pero que se presta, no obstante, a interesantes consideraciones.

En primer lugar los grabados en herradura, como ya señalamos en páginas anteriores, mayoritarios, muestran aquí nuevamente su independencia con respecto a otros motivos más complejos formalmente y limitados en el espacio, agrupados bajo la denominación de petroglifos gallego-atlánticos. Esta figuración, un simple esquema curvo, aunque predomine en las rocas, aparece también en la pintura esquemática e incluso alternando

con otras teorías ornamentales sobre las dolménicas. Su expansión es amplia en regiones distantes entre sí y en las cuales no se ha registrado la presencia de las insculturas de tipo gallego-portugués. Esto postula un mayor universalismo para el tema, que probablemente está relacionado con un tipo específico de actividad económica, que bien pudiera ser el pastoreo. En este sentido Berrubia parece ser una prueba de ello, pues los grabados están situados en una zona de cordales, cuya altitud encaja en lo que suele denominarse media montaña y tradicionalmente constituyen zonas de explotación ganadera, muy intensa en épocas anteriores y que pervive aún de manera restringida y en casos puramente rutinaria.

La problemática cronológica perma-

nece sin solucionar mientras no se disponga de términos comparativos sólidos. La falta de yacimientos arqueológicos claramente conectados con las rocas grabadas no permite de momento asegurar un contexto cultural específico y menos aún una cronología definida. A pesar de ello, y como hemos visto antes, el ambiente arqueológico es claramente dolménico y a esta cultura pensamos que deben de referirse los grabados que han sido objeto de nuestro estudio.

La cronología, aceptando este planteamiento, es todavía imprecisa, teniendo en cuenta la falta de estudios modernos sobre la cultura dolménica astur y la ausencia, por otro lado, de un conocimiento actualizado de la secuencia cultural megalítica en todo el reborde septentrional de la Península, incluida la región gallega. Es pertinente pensar que las manifestaciones megalíticas más o menos estancadas y fuertemente arraigadas alcanzan de lleno al primer milenio, tal vez incluso al nacimiento de lo que se ha dado en llamar cultura castreña. El grabar rocas con un fin difícil de precisar⁴⁴ es posible que en algunos casos alcanzase efectivamente épocas históricas, como pervivencias de un comportamiento firmemente instituido en áreas de intensa dedicación pastoril.

Por otro lado, creemos que hay que desechar el divorcio entre insculturas y pintura esquemática que, si bien están

diferenciadas en términos generales, tienen también muchos puntos de coincidencia, respondiendo probablemente ambos fenómenos a un mismo tipo de concepciones ideológicas. Cabe dentro de lo posible que en algunas circunstancias, a parte de las diferencias estilísticas o temáticas muy claras y que no debemos de perder de vista, pintura y grabado se complementen, y que en otros casos la litología ejerza un papel selectivo. Curiosamente y desde hace muy poco tiempo conocemos en Asturias ambas manifestaciones en zonas litológicamente distintas: areniscas para nuestros grabados y calizas para la pintura (abrigos de Fresnedo), pero geográficamente próximas y respondiendo ambas a un mismo ambiente pastoril de media montaña y probablemente pertenecientes a un mismo momento cronológico.

En ambos casos se han elegido lugares dominantes, con amplia panorámica, y en las dos estaciones encontramos motivos muy próximos: representación de ídolos imbuidos de un fuerte geometrismo, representados individualmente y en lugar destacado.

El prolongar nuestros razonamientos necesitaría de un análisis, que nosotros no podemos efectuar, de todo el arte rupestre peninsular postpaleolítico. Por lo demás, no juzgamos oportuno insistir en otros aspectos menores que han sido señalados a lo largo de este artículo.

44. Para los impulsos que llevarían a ciertos grupos a ejecutar grabados sobre rocas y el carácter de estas plasmaciones, en gran parte de los casos no figurativas, puede verse un breve resumen en el artículo de A. BLANCO, *El laberinto de Mogor*, en *Archivo Español de Arqueología*, XXXI, 1958, págs. 168-175.